

# Escritos de filósofas pitagóricas: La administración de la casa en Grecia antigua

Writings of Pythagorean women philosophers: Housekeeping in Ancient Greece

María Dolores Mirón Pérez

Universidad de Granada  
Instituto de Estudios de la Mujer

Recibido el 15 de mayo de 1999  
Aceptado el 22 de mayo de 1999  
BIBLID [1134-6396(1999)6:2; 415-426]

“El silencio es un adorno en las mujeres”. Estas palabras, expresadas repetidamente a lo largo de la literatura griega<sup>1</sup>, reflejaban, además de una ideología fuertemente patriarcal, una realidad para las mujeres: su privación de la palabra pública —hablada o escrita—, en manos de los varones ciudadanos. No obstante, este silencio fue roto en contadas ocasiones. De este modo, hallamos en el mundo griego mujeres que tomaron la palabra, e incluso dejaron constancia de sus escritos, en especial poesía, como Erina, Telesila o la afamada Safo.

Menos conocidas, algunas mujeres también escribieron filosofía. Aunque sabemos los nombres de algunas filósofas a través de los autores varones, rara vez nos han llegado sus obras —es posible que muchas ni siquiera llegaran a escribir—, e incluso a menudo su historicidad ha sido puesta en duda, como queriendo la historiografía contemporánea cubrir con más silencio las palabras femeninas pronunciadas en la Antigüedad.

Dentro de las corrientes filosóficas en las que las mujeres participaron activamente, destaca la escuela pitagórica, en la que se conoce un vasto número de filósofas, siendo la única que ha proporcionado textos escritos por ellas. El pitagorismo floreció en Grecia durante un largo período de tiempo, desde la segunda mitad del siglo VI a.C. hasta los siglos II-III d.C. Fundada por Pitágoras de Samos, esta corriente de pensamiento, abierta por igual a mujeres y hombres, aunaba filosofía y religión, la creencia en la inmortalidad

1. Sófocles, *Áyax*, 293. Cfr., entre otros, Aristóteles, *Política*, 1260a11; Esquilo, *Siete contra Tebas*, 232; Eurípides, *Heraclidas*, 477; Plutarco, *Moralia*, 142d.

y la reencarnación de las almas y la creación de una hermandad filosófica preocupada por el buen gobierno de la ciudad; la discusión filosófica y la existencia de dogmas y rituales secretos. El pitagorismo era, a la vez, un sistema de vida y un sistema de pensamiento, que englobaba la ciencia, la moral, la política y la religión.

Algunos textos firmados por filósofas pitagóricas, de época clásica o helenística, nos han llegado a través de compilaciones muy posteriores, realizadas de la Antigüedad Tardía. Ignoradas habitualmente por los historiadores de la filosofía, han despertado, no obstante, la atención de unos pocos filólogos e historiadores del mundo clásico, sobre todo de los siglos XVIII y XIX, que recopilaron los textos de fragmentos y cartas<sup>2</sup>, asistiéndose en los últimos años a una reivindicación de su existencia y su palabra por parte de la historiografía feminista<sup>3</sup>.

La autenticidad de estos textos ha suscitado entre quienes los han estudiado un intenso debate, en torno a tres tipos de interpretación, que resumimos muy someramente<sup>4</sup>. En primer lugar, se encuentran los que han considerado que se trata de falsificaciones realizadas por autores varones neopitagóricos en los siglos I y II d.C., entre los cuales era habitual firmar sus propios escritos con nombres de predecesores famosos. En segundo lugar, otros sugieren que se trata de textos escritos bajo pseudónimo en la primera mitad del siglo IV a.C. En tercer lugar, se hallan quienes afirman que los textos fueron escritos por las autoras que los firman, hipótesis que parece la más probable.

2. HEDENGRAHN, Peter: *Exercitium academicum mulieres philosophantes leviter adumbrans*. Upsala, 1700; WOLF, J. Chr.: *Mulierum Graecarum quae oratione prosae usae sunt fragmenta et elogia graece ete latina*. Londres, 1739; BURY, Richard de: *Histoire abrégée des philosophes et des femmes célèbres*. París: Monory, 1773; ORELLIUS, J. Conrad: *Opuscula Graecorum Veterum*. Lipsiae: Weidmann, 1821; DIDOT, Ambroise: *Bibliothèque Grécaque*. París: Firmin, 1839-90; HERCHER, Richard: *Epistolographi Graeci*. París: Didot, 1873; DIELS, Hermann: *Doxographi Graeci*. Berlín, 1879; POESTION, J.C.: *Griechische Dichterinnen; Griechische Philosophinnen*. Bremen: H. Fischer, 1882; THESLEFF, Holger: *The Pythagorean Texts of the Hellenistic Period*. Abo: Abo Akademi, 1965 (empleado para nuestra traducción). Existen traducciones al inglés y al francés: WAITHE, Mary Ellen (ed.): *A History of Women Philosophers, 1: Ancient Women Philosophers, 600 BC-500 AD*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, 1987, pp. 11-58; MEUNIER, Mario: *Femmes pythagoriciennes. Fragments et lettres*. París: L'Artisan du Livre, 1932.

3. PIETRA, Régine: *Les femmes philosophes de l'Antiquité gréco-romaine*. París: L'Harmattan, 1997, pp. 15-23; JUFRESA, Monserrat: "Savoir féminin et sectes pythagoriciennes". *Clio*, 2, (1995), 17-40; LAMBROPOULOU, Voula: "Some Pythagorean female virtues". En HAWLEY, Richard y LEVICK, Barbara (eds.): *Women in Antiquity: New assessments*. Londres: Routledge, 1995, pp. 122-134; WAITHE, *op. cit.*, pp. 11-74.

4. Ver WAITHE, *op. cit.*, pp. 59-74.

Estos textos abordan, sobre todo, temas como la naturaleza del alma, las virtudes femeninas, las relaciones entre mujeres y hombres y los papeles sexuales femeninos en torno al matrimonio, la religión y la comunidad, así como la educación y crianza de los hijos y el trato a las esclavas domésticas, temas rara vez tratados por los filósofos varones, incluidos los pitagóricos. Por otro lado, cuando filósofos varones de diversas corrientes abordan asuntos “privados” —p.e., los *Económicos* de Jenofonte, pseudo—Aristóteles o el pitagórico Brisón—, como la administración de la casa y los papeles sexuales, de gran interés para las mujeres, sus tratados parecen estar dirigidos a un público masculino. En cambio, los escritos de las pitagóricas parecen tener como principales destinatarias a las mujeres, lo que es evidente en el tono de algunas de las cartas y en el nombre de las personas a las que se enviaron. A menudo se constata que la literatura femenina clásica está dirigida eminentemente, aunque no de forma exclusiva, a un público femenino. Incluso si, en el caso que nos ocupa, se tratase de textos escritos por varones con pseudónimo femenino —hipótesis poco probable: difícilmente un varón griego querría hacerse oír bajo un nombre de mujer—, cabe plantearse si tal vez la palabra femenina tenía más autoridad entre las mujeres que la masculina, sobre todo cuando se trataba de los asuntos que más directamente les concernían y que tradicionalmente eran considerados pertenecientes al mundo femenino. En este punto, cabe preguntarse si esta palabra de las filósofas pitagóricas debe ser considerada “pública” en sentido estricto, pues está dirigida al dominio de lo privado y probablemente a un círculo, en principio, íntimo de adeptos. No en vano, la misma Fintis (ver *infra*) considera que “no es armonioso” para la mujer “hablar en público”. O, como decía la célebre Téano, que tanta influencia tuvo en la escuela pitagórica. Según cuenta Plutarco (*Moralia*, 142c), cuando alguien hizo la observación de que su brazo, que mostraba desnudo, era hermoso, ella replicó: “Pero no público”. Añade Plutarco: AConviene que no sólo el brazo sino el discurso de la mujer prudente no sean públicos; que ella sienta respeto y tenga cuidado de desnudar su palabra ante personas de fuera. @ No obstante, la perdurabilidad en el tiempo de sus escritos, independientemente de las circunstancias y el público al que se escribieron, muestran que su palabra fue considerada digna de ser transmitida a las generaciones venideras y, por tanto, se convirtió, a todos los efectos, en palabra pública.

Los textos que ahora ofrecemos traducidos al castellano son los más directamente relacionados con la administración de la casa (la *oikonomía*), teniendo en cuenta que ésta era considerada en la Antigüedad tanto en sus aspectos prácticos como, sobre todo, éticos. En este sentido, las filósofas pitagóricas muestran un especial interés por lo concerniente a las relaciones entre los miembros de la casa: marido y mujer, madre e hijo, ama y esclava, siendo la armonía y la moderación los principios básicos de su conceptualización ética, sin cuestionar nunca los papeles de género tradicionales.

### 1. Téano

Téano de Crotona era hija del aristócrata Brontino, y mujer de Pitágoras de Samos, del que fue su discípula<sup>5</sup>. Considerada una esposa y madre ideal, se hizo cargo de la dirección de la escuela filosófica de su marido a la muerte de éste (496 a.C.), y llegó a ser una de las autoridades más destacadas de la corriente pitagórica y sus sentencias muy populares en la Antigüedad<sup>6</sup>. De ella se dice que fue la “primera mujer que filosofó y escribió poemas”<sup>7</sup>. Aunque se sabe que escribió varios tratados, apenas nos han llegado fragmentos de su obra. Las cartas que aquí traducimos pudieron, sin embargo, ser escritas por una homónima, en el siglo IV a.C.<sup>8</sup>, o por una persona —seguramente una mujer— que utilizó este pseudónimo “de autoridad”. El primer texto se refiere a la educación de los hijos; el segundo, a la relación entre ama y esclavas. Nótese en éste último el tono de palabra autorizada empleada por la autora al dirigirse a una joven recién casada.

#### *Carta a Eubola* (THESLEFF, pp. 195-196)

(1) Téano a Eubola. Saludos. Oigo que estás criando a tus hijos en el lujo. La marca de una buena madre no es la preocupación por el placer de sus hijos, sino la educación en el autocontrol. Mira que no cumples el trabajo de una madre amante, sino adúladora. Cuando el lujo es alimentado al mismo tiempo que los niños, se hace a éstos indisciplinados. ¿Qué hay más agradable a los jóvenes que el placer habitual? Es necesario, amiga mía, que la crianza de los niños no se distorsione. El lujo pervierte el carácter cuando se vuelven amantes del placer respecto al espíritu y sensuales respecto al cuerpo, con adversión al trabajo y sin vigor muscular. (2) Deben también ejercitarse educándose en los temores, incluso si esto les aflige y les hace tener miedo, para que no se conviertan en esclavos de sus pasiones, ávidos de placer y tímidos ante el dolor, sino que honren a la virtud por encima de todo, alejados de los placeres, y perseverantes.

Que no coman hasta la saciedad, ni tengan placer en exceso. Sin restricciones, esto hace a los niños indisciplinados, y les permite decirlo y probarlo todo, especialmente si te alarmas cuando lloran, y te enorgulleces cuando ríen, sonriendo incluso si pegan a la nodriza o te dicen palabrotas, y si les

5. Jámblico, *Vida de Pitágoras*, 132, 265, 267; Suda, s.v. “Theano”; Porfirio, *Vida de Pitágoras*, 4, 19; Diógenes Laercio, 8,42.

6. Una relación de las recogidas en diversos autores, en THESLEFF, *op. cit.*, pp. 194-195.

7. Clemente de Alejandría, *Stromatéis*, 1, 16,80,4.

8. WAITHE, *op. cit.*, p. 41.

procuras frío en verano y calor en invierno, y mucho lujo. Pues los niños pobres no experimentan estas cosas, y se educan sin problemas; no crecen menos, y se vuelven mucho más fuertes. (3) Pero tú educas a tus hijos como a la descendencia de Sardanapalo, debilitando la naturaleza de los varones con los placeres. )Qué hacer con un niño que, si no come rápidamente, llora; que, cuando come, anhela las delicias de los alimentos; que languidece en el calor y el frío lo tumba; que, si alguien le censura, lo combate; que, si alguien no le sirve en sus placeres, se aflige; que, si no mastica algo, se pone de mal humor; que pierde el tiempo y tartamudea sin llevar una vida articulada?

(4) Ten cuidado, amiga mía, consciente de que, viviendo en el lujo, los niños se convierten en esclavos cuando llega el tiempo de ser hombres, de privarles de estos placeres. Haz su comida austera, sin blandura; haz que soporten el hambre y la sed, así como el frío y el calor, e incluso la vergüenza ante sus iguales en edad y ante los mayores. Así es como se vuelven bravos en espíritu, tanto si son exaltados como si son atormentados. Los sufrimientos, amiga mía, sirven como proceso para el endurecimiento de los niños, en el que se perfecciona la virtud. Los niños que se han sumergido suficientemente en ellos llevan el barniz de la verdad de la forma más familiar. Mira, amiga mía, así como las viñas mal cultivadas son deficientes en frutos, a causa del lujo los niños producen el maligno fruto de la desmesura y muchas cosas inútiles. Adiós.

*Carta a Calisto* (THESLEFF, p. 197-198)

(1) Téano a Calisto: A vosotras, mujeres jóvenes, por ley os ha sido otorgada la facultad de gobernar el *oikos*<sup>9</sup>, al mismo tiempo de contraer matrimonio. Pero la instrucción sobre la administración de la casa (*oikonomia*) debe encontrar en las mujeres mayores una constante consejera. Es bueno que aprendáis lo que no sabéis de antemano, y que estiméis el consejo familiar de las mujeres mayores. Un alma joven debería ser educada en estas disciplinas desde la infancia. Lo más importante, amiga mía, es la benevolencia sobre los esclavos.

La primera autoridad de la mujer en la casa es la autoridad sobre las esclavas. Pues este bien no es comprado junto con el cuerpo, sino que lo producen a continuación los amos inteligentes. (2) Su causa es el uso justo, en el momento en que no se les fatigue con el trabajo ni se les debilite con privaciones. Pues son humanas en naturaleza. Algunas juzgan beneficioso lo menos provechoso: el maltrato de las sirvientas, sobrecargándolas de trabajo

9. Con este término griego, sin traducción exacta al castellano, se designaba a la unidad doméstica, compuesta de familia, casa y propiedades.

y restringiéndoles las cosas necesarias. Después de haber obtenido mucha ganancia de un óbolo, les pagan con grandes castigos, mala voluntad y las peores maquinaciones. En cuanto a ti, ten a mano una medida de pan proporcional a la cantidad de trabajo de la lana realizado en un día. (3) Con respecto a la dieta, baste esto.

En cuanto a la indisciplina, se debe tener en cuenta lo que a ti te conviene, no lo que es ventajoso para ellas. Es necesario estimar a cada sirvienta en su justo valor. Por un lado, el trato inhumano no aporta gratitud a los corazones. Por otro, el razonamiento controla no menos que la justa indignación. Pero, si hubiese un invencible exceso de maldad en las sirvientas, debemos expulsarlas vendiéndolas. Que lo que es ajeno a lo útil, sea enajenado también de la señora. Que el juicio sobre estas cosas tenga preeminencia en ti, para que reconozcas las verdaderas faltas con la justa condena, y la magnitud de los errores en proporción al justo castigo. (4) Pero también el perdón y la complacencia de la señora de la casa hace que los que han obrado erróneamente se libren del castigo; y así también preservarás un apropiado modo de vida doméstico. Hay mujeres, amiga mía, asalvajadas a causa de la envidia o de la ira, que, bajo la crueldad, incluso azotan los cuerpos de las sirvientas, como si estuvieran inscribiendo como unas memorias su exceso de amargura. Con el tiempo, algunas de estas sirvientas acabarán consumidas, penosamente trabajadas; otras se procuran salvación escapando; y algunas acaban con su vida, entregándose a la muerte con sus propias manos. Y, finalmente, la soledad de la señora, lamentando el disparate doméstico, tiene un desolado arrepentimiento.

(5) Pero, amiga mía, aficionada como eres a los instrumentos musicales, conoce que desafinan cuando se les toca con demasiada debilidad, y se rompen cuando se presionan demasiado. Lo mismo ocurre con las sirvientas. Demasiada licencia inspira diafonía en la disciplina, y la intensificación del sufrimiento, la destrucción de las disposiciones naturales. Se debe meditar sobre esto: En todo, lo mejor es la justa medida. Adiós.

## 2. *Myia*

*Myia* es una de las pitagóricas más tempranas, mencionada como una de las hijas de Téano de Crotona y Pitágoras, estuvo casada con un atleta, Milón<sup>10</sup>. La carta que reproducimos está dirigida a una mujer que acaba de dar a luz y a la que aconseja acerca del modo en que ella y la nodriza han de cuidar al bebé.

10. Clemente de Alejandría, *Stromatéis*, 4, 19,121,4; *Suda*, s.v. "Myia", "Theano"; Jámblico, *Vida de Pitágoras*, 30 y 36; Porfirio, *Vida de Pitágoras*, 4.

*Carta a Filis* (THESLEFF, pp. 123-124)

Myia a Filis, saludos. Aquí está mi consejo ahora que te has convertido en madre. Escoge una nodriza bien dispuesta y limpia, una mujer modesta que no tenga inclinaciones hacia el excesivo sueño o la bebida. Una mujer así puede juzgar mejor cómo criar apropiadamente a los niños, siempre y cuando tenga leche para alimentarlos y no acceda fácilmente a acostarse con hombres. La nodriza contribuye en gran parte en lo que es inicial y preliminar para toda la vida del niño, es decir, la lactancia, para una buena crianza, ya que ella lo hará todo bien, y en el momento adecuado. No le dará el pezón y el pecho y el alimento a su antojo, sino después de la debida consideración. De este modo estimulará la salud del bebé. No sucumbirá al sueño cuando ella lo desee, sino cuando el recién nacido quiera descansar. No le ofrecerá al niño satisfacción provisional. La nodriza no debería ser temperamental, parlanchina, o incapaz de controlar su apetito, sino ordenada y moderada, y, si es posible, no bárbara, sino griega. Lo mejor es que eche el bebé a dormir cuando esté bien hartado de leche. Semejante descanso es dulce para los pequeños y tal alimentación fácil de digerir. Si se le da otro tipo de comida, debe ser lo más simple posible. Debe mantenerse completamente apartado del vino, debido a su fuerte efecto, o mezclarlo escasamente en su papilla de leche de la noche. No le des baños continuamente; es mejor que los tenga ocasionales y a temperatura media. Además, la atmósfera alrededor del bebé debe ser un equilibrio entre caliente y frío, y su alojamiento no debe estar ni demasiado ventilado ni demasiado cerrado. El agua no debe ser ni demasiado dura ni demasiado blanda, ni sus ropas de cama demasiado ásperas, sino que caigan confortablemente en su piel. En todas estas cosas, la naturaleza desea lo que es legítimamente suyo, no lujos. Esto es, pues, lo que creo es útil escribirte por el momento; mis esperanzas se basan en la lactancia planificada. Con la ayuda de los dioses, podremos gozar en el futuro de posibles y apropiados recuerdos sobre el desarrollo del niño.

3. *Fintis de Esparta*

Según Estobeo, era hija del pitagórico Calícrates, autor de un tratado *Sobre la felicidad doméstica*, que se ha identificado a veces con el almirante Calicrátides de Esparta, muerto en la batalla de las Arginusas, en año 406 a.C.<sup>11</sup> El texto que reproducimos corresponde a dos fragmentos de un tratado,

11. THESLEFF, *op. cit.*, pp. 101, 151; WAITHE, *op. cit.*, pp. 71-72. En cambio, Jámblico, *Vida de Pitágoras*, habla de una Fintis hija de Teofrio de Crotona. La autora de este texto es la hija de Kalicrates.

escrito por Fintis, sobre la *sophrosyne*, una de las virtudes fundamentales de la ideología griega, sobre todo respecto de las mujeres, y que supone una mezcla de autocontrol, moderación y castidad. Como se observa en el texto, Fintis, sin discutir en absoluto la realidad en que vive, hace una defensa de la capacidad intelectual de las mujeres, siempre que se aplique a su papel de género.

### *Sobre el autocontrol de las mujeres*

Fragmento I (Estobeo, 4, 23, 61, p. 588 He.; THESLEFF, p. 151-153):

Una mujer debe ser a la vez buena y ordenada; nunca será esto sin excelencia. La excelencia apropiada para cada cosa hace superior lo que se recibe de ella; la de los ojos, a los ojos; la del oído, al oído; la del caballo, al caballo; la del hombre, al hombre, así como la de la mujer, a la mujer. La mayor excelencia de una mujer es el autocontrol, ya que, gracias a él, es capaz de proporcionar a su esposo honor y amor.

Quizá algunos piensen que no es armonioso para una mujer el filosofar, como no lo es montar a caballo o hablar en público. Pero yo creo que algunas cosas son propias del hombre, otras de la mujer, otras de los dos, otras más del hombre que de la mujer, otras más de la mujer que del hombre. Pertenece al hombre hacer la guerra, la actividad política y hablar en público; a la mujer, administrar la casa, permanecer en ella, acoger y cuidar a su marido; pero declaro virtudes comunes el valor, la justicia y la reflexión. Las excelencias del cuerpo son apropiadas para el hombre y para la mujer, así como las del alma. Y así como es beneficioso para el cuerpo de cada uno estar sano, así también es beneficioso para el alma estar sana. Las excelencias del cuerpo son salud, fuerza, sensibilidad y belleza. De éstas, algunas es más apropiado que el hombre las cultive y posea; otras, la mujer. Pues coraje y reflexión son más apropiadas para el hombre, debido a la constitución de su cuerpo y la fortaleza de su alma, mientras que el autocontrol lo es para la mujer.

Por esto, debemos conocer a la mujer educada en la moderación, y cuántas y cuáles son las cosas que confieren este bien a la mujer. Digo que procede de cinco: primero, de la observancia religiosa y la piedad; segundo, de la disciplina hacia su cuerpo; tercero, de las salidas de su casa; cuarto, de no entregarse a los cultos místéricos y a los ritos de Cibeles; quinta, de ser prudente y moderada en las ofrendas a los dioses.

De éstas, la más noble causa y la más capaz de sostener la moderación es que sea incorruptible en el lecho y no se empareje con un hombre extraño. Pues, en primer lugar, la que transgrede esto comete un delito contra los dioses familiares, proporcionando a su casa y a su familia protectores no



legítimos, sino espurios; comete un delito contra los dioses naturales, a los que juró, junto con sus ancestros y parientes, compartir la vida en común y procrear hijos conforme a la ley; comete también un delito contra su patria, no permaneciendo con los que debidamente se le asignaron. Después, se acostumbra a faltar por encima de aquéllos a los que se determina el mayor de los castigos, la muerte, debido a la magnitud de su injusticia; es ilegítimo y no merecedor de perdón faltar y ultrajar a causa del placer. La consecuencia de todo ultraje es la destrucción.

Fragmento II (Estobeo, 4, 23,61a, p. 591 He.; THESLEFF, p. 153-154):

También es necesario examinar esto, que no hallará remedio purificador contra esta falta para ser casta y amada de los dioses cuando se aproxime a los templos y altares de los dioses, pues, sobre todo en esta injusticia, el demon no tiene clemencia. El mayor honor y la principal gloria para una mujer libre es tener testigos de su autocontrol respecto a su esposo a través de sus hijos, si llevan la impronta de la semejanza al padre que los engendró. Y así respecto al lecho conyugal.

Sobre su honor respecto al cuerpo, he aquí lo que pienso. Debe vestir de blanco, simple y sencillamente. Será así si no lleva tejidos transparentes, bordados o de seda; lo principal es que ella evite el adorno, la molicie y el embellecimiento, y no suscitará la malvada envidia en otras. En cuanto al oro y las esmeraldas, simplemente no se las ceñirá, pues mostraría opulencia y arrogancia ante las mujeres del pueblo.

Pero en la ciudad bien gobernada, ordenada en todo con vistas a la totalidad, siendo comunidad de sentimientos e igualdad ante la ley, se debe incluso excluir de la ciudad a los talleres y trabajadores dedicados a esto. Ella debe hacer brillar su apariencia no con adornos importados y extranjeros, sino con los propios de su cuerpo; lavándose con agua, se debe honrar a sí misma con pudor mejor que con estas cosas; así traerá honor al que comparte su vida con ella y a sí misma.

Las mujeres "ciudadanas" salen de casa para sacrificar a los dioses fundadores de la ciudad en favor de sí mismas, de sus esposos, y de toda su casa. Además, no salen de casa en la oscuridad o cuando ha caído la tarde, sino que van al ágora abiertamente cuando está abarrotada de gente, para asistir a un espectáculo o para hacer las compras de la casa, acompañadas de una sirvienta o, como mucho, de dos.

Debe presentar ofrendas suplicatorias a los dioses en tanto dependa de ella, pero debe evitar los cultos místéricos y los ritos de Cibeles en su casa. La ley común de la ciudad previene a las mujeres de celebrarlos, pues, de otro modo, estas prácticas religiosas conducen a la embriaguez y a la agitación del

alma. La señora de la casa, incluso cuando preside en casa, debe ser moderada e indemne frente a todo.

#### 4. *Perictione*

La madre del filósofo Platón se llamaba Perictione, y, aunque es discutible que se trate de la autora de los textos que reproducimos, éstos parecen familiarizados con el pensamiento platónico y, en todo caso, con toda probabilidad son obra de una mujer ateniense del siglo IV a.C.<sup>12</sup> Reproducimos los fragmentos que quedan de un tratado que escribió acerca de la armonía, una de las virtudes esenciales del pitagorismo, y cómo deben las mujeres aplicarla sobre sí mismas, y en la relación con su marido, su casa, sus padres, y la comunidad.

#### *Sobre la armonía de las mujeres*

Fragmento I (Estobeo, 4,28, 19 p. 688-693 He.; THESLEFF, p. 142-145):

Se debe considerar a la mujer armoniosa llena de prudencia y autocontrol. Sin duda alguna, el alma debe estar inspirada por la excelencia para ser justa, valiente e inteligente, adornada con la autosuficiencia y odiando la opinión vacía. De aquí vienen a la mujer las cosas buenas, para ella, para su marido, para su casa, a menudo incluso para la ciudad, si es que una mujer tal gobierna ciudades y tribus, como se observa en la monarquía.

Si domina sus apetitos y tiene fortaleza de corazón, será santa y armoniosa, de manera que no la impulsen las pasiones ilegítimas, sino que preserve su afecto hacia su marido, sus hijos y toda su casa. Aquéllas que se convierten en amantes de lechos extraños, se vuelven enemigas de toda su casa, tanto miembros libres como sirvientes. Semejante mujer maquina embustes y trampas contra su marido y le fabrica falsedades acerca de todo para aparentar que sobresale en buena disposición y gobierno de la casa, aunque ama la pereza. La que se convierte en completa ruina, lo es tanto para sí misma como para su marido. Hasta aquí sean dichas estas cosas.

Es conveniente entrenar el cuerpo en medidas naturales acerca de la alimentación, así como sobre vestido, baños, unción de aceite, arreglo del cabello, adornos de oro y piedras preciosas. La que come y bebe de todo lo costoso, y se viste y lleva las cosas que las mujeres llevan, está preparada

12. WAITHE, *op. cit.*, pp. 69-71. Ver también THESLEFF, p. 142.

para el pecado de toda maldad, tanto hacia su lecho como hacia el resto de todas las acciones injustas. Es necesario tan sólo aplacar el hambre y la sed, incluso si ha de ser con frugalidad; para el frío, bastan un manto grueso y una piel de cabra.

Comer en demasía de lo que se vende a alto precio o de lo que es reputado es rendir culto a un vicio que no es insignificante. Llevar vestidos extravagantemente coloreados con tinte púrpura de conchas marinas, o con otro color costoso, es una gran locura. El cuerpo necesita ni tener frío ni estar desnudo, considerando lo conveniente; no necesita nada más. La opinión humana, en su ignorancia, se dirige hacia lo vano y excesivo. Así pues, la mujer no se envolverá en oro y piedras preciosas de la India o de cualquier otro lugar, ni trenzará con mucho arte sus cabellos, ni se ungirá con inflamadores perfumes de Arabia, ni pintará su cara blanqueándola o enrojeciéndola, o ennegreciendo sus cejas y pestañas, ni tinará sus canas con habilidad, ni se estará dando baños frecuentemente. La mujer que busca estas cosas, busca admiradores de la intemperancia femenina. Es la belleza que procede de la prudencia, y no de estas cosas, la que complace a las mujeres bien nacidas.

Que no piense que son necesarias la nobleza de nacimiento, la riqueza, el haber nacido en una gran ciudad, ni la reputación ni la amistad de hombres eminentes, o de la familia real. Si así fuese, no hace daño. Si no, desearlo no lo hace realidad. Estas cosas le impiden a la mujer vivir alejada de la presunción. Incluso si le tocan en suerte, que su alma no busque lo grande y lo maravilloso, sino que camine alejada de ello. Perjudican más que ayudan, y arrastran a la desgracia. El engaño, la envidia y la malicia moran con ellos. Una mujer así no estará tranquila.

Se debe venerar a los dioses en la buena esperanza de la prosperidad, obedeciendo las leyes y las instituciones ancestrales; después de éstas, considero que hay que honrar y venerar a los padres, ya que se manifiestan y actúan con respecto a sus descendientes igual que los dioses.

Con respecto a su propio esposo, la mujer debe, así, vivir de acuerdo a la ley y honestamente, no reflexionando a título privado, sino preservando y guardando su lecho conyugal, porque de esto depende todo. Debe soportarlo todo por parte de su marido, incluso si él es desafortunado o se equivoca a causa de la ignorancia, la enfermedad o la bebida, o si cohabita con otra mujer. Pues esta falta les es perdonada a los hombres; a las mujeres, nunca. Se les aplica un castigo. Por tanto, debe guardar la ley y no tener celos. Ha de soportar la cólera, la tacañería, la crítica, los celos, y cualquier otra cosa que tenga por naturaleza. Ella debe manejar todo esto con agrado, con autocontrol. Cuando una mujer es afectuosa hacia su marido y le trata de modo agradable, reina la armonía, ama a toda su casa y hace que los de fuera tengan buena disposición hacia ésta.

Pero, cuando no ama, no desea ver a salvo ni a su casa, ni a sus propios hijos, ni a los sirvientes, ni a sus bienes, y, como a un enemigo, desea que

muera su esposo, para poder estar con otros hombres; y todo lo que a él le complace, ella lo odia. Considera que una mujer es armoniosa de esta manera: si logra estar llena de sabiduría y autocontrol. Ya que esto beneficia no sólo a su esposo, sino también a sus hijos, parientes, esclavos, y a toda su casa, incluyendo posesiones y amigos —ciudadanos y extranjeros—. Con sencillez guardará la casa, hablando y escuchando bien, siguiendo a su esposo en la unanimidad de la vida en común, y acompañando a los parientes y amigos que él ensalza, considerando las mismas cosas dulces y amargas que él. Si no, será desarmoniosa respecto al todo.

Fragmento II (Estobeo, 4,25,50 p. 631-632 He.; THESLEFF, p. 145-146):

No se debe hablar mal de los padres ni hacerles daño, sino obedecerles en las cosas pequeñas y grandes, en todo evento del alma y del cuerpo, en lo interior y en lo exterior, en la paz y en la guerra, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en el honor y en el deshonor, en lo privado y en lo público. Se debe caminar junto a ellos y nunca marcharse. Solamente no se les debe obedecer en la locura. Para el piadoso, esto es razonable y honorable. Pero si alguna despreciara a sus padres, teniendo en mente algún mal, viva o muerta, estará señalada por los dioses, será odiada por la humanidad, y, con los impíos, en su lugar bajo la tierra, por los siglos de los siglos será asaltada por los males en manos de la justicia y de los dioses infernales, que están emplazados como vigilantes de estas cosas.

En efecto, la visión de los padres es divina y bella, así como el respeto y la atención hacia ellos; ni siquiera le es comparable la del sol y todas las estrellas que el cielo iluminado hace bailar en corro; ni nadie puede creer que ninguna otra cosa sea realmente un mejor objeto para la contemplación. No creo que los dioses se sientan disgustados cuando observen que ocurre esto. Entonces, vivos o desaparecidos, es necesario venerarlos y nunca murmurar en contra de ellos. Incluso si se equivocan a causa de una enfermedad o de un engaño, se les debe exhortar e instruir, pero de ningún modo odiarlos. No hay mayor pecado e injusticia humanos que cometer impiedad contra nuestros padres.